

21° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 18.09.2013

“...en la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio...” (RB 7,63)

Como vimos ayer, la irradiación de la Obra de Dios en el oratorio es ya una irradiación sobre el monasterio, sobre el clima de silencio y de fraternidad que Dios quiere crear en el conjunto del monasterio, en la “casa de Dios” de la comunidad monástica.

En el fondo, ya hemos tratado de la obra de Dios en comunidad en los capítulos consagrados a la paz, a la paz que es siempre un bien a pedir, porque Dios solo puede realizarlo entre nosotros y con todos, si acogemos su obra con la reconciliación entre nosotros, en la comunión desinteresada de los bienes, en la obediencia humilde a quien representa a Cristo en la comunidad.

Pero hoy quisiera concentrarme sobre el monasterio como comunidad, sobre qué puede significar que la obra de Dios del Oficio deba irradiarse en la comunidad monástica. Hablando de la obra de Dios y del oratorio, en el fondo, hemos hablado de un corazón, pero el cuerpo de este corazón es la comunidad recogida en una “casa”, como una familia de hermanos y hermanas. La situación de la casa de Marta que meditamos el lunes es una buena imagen de lo que es y debería ser una comunidad cristiana. En efecto, la casa de Betania es la casa de una familia de hermanos y hermanas. No se habla de padres, de esposas, maridos, o hijos. Marta, María y Lázaro son un poco la imagen simbólica de una comunidad fraterna que toma conciencia de sí misma y encuentra su vocación a partir del momento en el que Jesús se convierte en el centro de sus relaciones; Jesús, decía ayer, que hace presente en medio ellos al Dios que habla al hombre, al Dios que se revela al hombre y establece así una relación con Él, que recrea y reordena las relaciones entre nosotros, las relaciones humanas. Las recrea de un modo tan divino que llega a resucitar incluso a quien está muerto entre nosotros, física o espiritualmente, como resucitó a Lázaro. Recordemos la palabra del padre del hijo pródigo: “Este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado” (Lc 15,32).

El *opus Dei*, la oración comunitaria, no me canso de repetirlo, para san Benito es esto y para esto. Es el continuo proponerse de nuevo, en medio de nosotros, de la presencia y de la palabra del Señor, fuente misericordiosa de comunión con Él y entre nosotros, que se irradia en todos los aspectos de la vida y de la realidad. Y la irradiación más característica y extraordinaria de la obra de Dios es la comunión fraterna en la que resurgimos a una vida nueva, amándonos y perdonándonos mutuamente como el Padre nos perdona. Como lo expresa claramente san Juan en su primera carta: “Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3,14).

No olvidemos, dado que estamos hablando de Marta, María y Lázaro, que la razón de todo esto es solo la amistad de Dios con la criatura humana: “Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro”, nos dice Juan, el apóstol y evangelista más experto en la amistad de Cristo (Jn 11,5).

Digo esto porque a veces en los monasterios, y en muchos monjes y monjas, es como si todo lo que se pide para vivir nuestra vocación fuese un deber. Ciertamente, no siempre es cómodo lo que se nos pide, porque si debemos ser educados para algo que es más grande que nosotros es inevitable que se nos pida un sacrificio, una disciplina, una renuncia a muchas cosas. Pero no debemos perder la razón última de todo, que es el hecho de que Jesús nos ama, que nos ama a cada uno de nosotros, como a Marta, a María y a Lázaro.

Lo que nos cuesta aceptar es que Jesús tiene un modo de amarnos que, aunque es personal, no es individual, o, más bien, individualista. Para amarme, es como si Jesús abrazase conmigo a otras personas en el abrazo que me da. Es como la columnata de Bernini: es un abrazo, pero los “brazos” son una multitud de columnas y de estatuas.

“Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro”: ama a cada uno de ellos, pero no los separa. Al contrario, su amor por cada uno los estrecha aún más entre ellos, incluso si, como hemos visto, son personas tan diferentes entre ellas, con aspectos de hostilidad recíproca, y en aquel momento uno de ellos también ha muerto y es sepultado. Y cuando Jesús va a resucitar a Lázaro, no va directo a la tumba, resucita a Lázaro y se va. Hace como una vuelta relacional, en la que se preocupa de la fe de Marta, del dolor de María, así, el bien que quiere y hace a Lázaro, implica a las hermanas, aún más: es como si la vida que quiere comunicar a Lázaro resucitase también a las hermanas.

La vida comunitaria cristiana, la vida fraterna en Cristo, es precisamente aquel abrazo personal de Jesús a cada uno de nosotros, que estrecha junto a nosotros a otras personas. Estrecha a nosotros toda la humanidad, porque Jesús nos ama derramando su sangre que redime a toda la humanidad. Pero el modo con el que Jesús nos toca personalmente es a través de las personas de nuestra comunidad.

Por esto, la aberración más grande que se pueda ver en los monasterios y en otras comunidades cristianas de cualquier tipo es, ante todo, el vivir la vida comunitaria sin conciencia de que Cristo nos ama en ella, y vivirla como si Él, amándonos, no nos uniese a los demás, en una comunión de amor y de destino que no tiene comparación, ni siquiera con los lazos familiares más estrechos.

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32): cuando pienso en estas palabras de los Hechos de los Apóstoles, me da vértigo, pero también mido lo lejos que estoy de irradiar la obra de Dios como don de su Espíritu Santo.

¿Quién de nosotros se siente verdaderamente un solo corazón y una sola alma con los hermanos y hermanas de su comunidad? No con *un* hermano o *una* hermana de su comunidad hacia el que se siente una especial simpatía, porque “esto lo hacen también los paganos y los publicanos” (cfr. Mt 5,46-47). El Espíritu de Dios nos quiere dar la comunión de corazón y de alma con la “multitud” de los creyentes, con toda nuestra comunidad, y de ahí con toda la Iglesia y la humanidad.

Deberemos leer toda la Regla con esta conciencia, siendo conscientes que hemos sido llamados al monasterio para ser abrazados por Cristo con un abrazo que estrecha junto a nosotros a los hermanos o hermanas de nuestra comunidad, que los estrecha a nuestro corazón y a nuestra alma, en una unión eterna. Benito no pierde jamás esta conciencia de fe al hablar de la comunidad. Bastaría meditar el capítulo 72 de la Regla, que es el himno de la caridad filial y fraterna que, en la preferencia absoluta de Cristo, nos conduce “a todos juntos a la vida eterna” (RB 72,12).

No se puede acoger el amor personal de Cristo sin aceptar que Él estreche junto a nosotros a los demás, es decir, sin aceptar que las personas que Cristo nos da “toquen” nuestra vida, la condicionen, la cambien, la molesten. Incluso los Apóstoles no han podido acoger el amor tan personal e íntimo de Jesús hacia ellos sin ser con frecuencia “estrechados” por la multitud atraída por Él, o molestados por los niños que Él quería abrazar, o sentir el olor de los leprosos que se acercaban a Jesús para ser curados. Para alejarse de todo esto, habrían tenido que alejarse de Cristo y de su amor.

La vida de comunidad es lo mismo. Quien descuida la fraternidad, descuida la adopción filial y divina del Padre en Cristo. Quien descuida o desprecia la presencia de los hermanos o hermanas, descuida y desprecia la presencia del Señor. Quien piensa convertirse y santificarse sin una real comunión con los hermanos y hermanas de su comunidad, con el tiempo, se convierte en un monstruo, pero sin comunidad no se dará cuenta de esto.

También todo esto lo educa san Benito en nosotros con la celebración de la obra de Dios, porque allí, la cita y el encuentro con el Señor, coinciden con la cita y el encuentro con los hermanos y hermanas de la comunidad. Si cada Oficio divino nos hiciese al menos un milímetro más conscientes de esto, más atentos a esto, nuestra vida comunitaria mejoraría cada vez más, porque *nos* cambiaría cada vez más.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist